

## El imperio de los idiotas

---

CHRIS HEDGES :: 15/06/2025

La disneyficación de EEUU, la tierra de los eternamente felices, la tierra donde todo es posible, se vende para enmascarar la crueldad del estancamiento económico y la desigualdad social

Los últimos días de los imperios que agonizan están dominados por idiotas. Las dinastías romana, maya, francesa, habsbúrgica, otomana, romanoff, sha de Persia se derrumbaron bajo la estupidez de sus decadentes gobernantes, que se alejaron de la realidad, saquearon sus naciones y se refugiaron en cámaras de eco donde era imposible distinguir entre la realidad y la ficción.

Trump y los bufones aduladores de su administración son versiones actualizadas de los reinados del emperador romano Nerón, que destinó enormes gastos estatales para conseguir poderes mágicos; el emperador chino Qin Shi Huang, que financió repetidas expediciones a una mítica isla de inmortales para traer una poción que le diera la vida eterna; y una corte zarista incompetente que se dedicaba a leer cartas del tarot y asistir a sesiones de espiritismo mientras Rusia era diezmada por una guerra que se cobró más de dos millones de vidas y en las calles se gestaba una revolución.

En «Hitler y los alemanes», el filósofo político Eric Voegelin descarta la idea de que Hitler --dotado para la oratoria y el oportunismo político, pero con escasa formación y vulgar-- hipnotizara y sedujera al pueblo alemán. Los alemanes, escribe, apoyaron a Hitler y a las «figuras grotescas y marginales» que lo rodeaban porque encarnaba las patologías de una sociedad enferma, acosada por el colapso económico y la desesperanza. Voegelin define la estupidez como una «pérdida de la realidad». La pérdida de la realidad significa que una persona «estúpida» no puede «orientar correctamente su acción en el mundo en el que vive». El demagogo, que siempre es un idiota, no es un bicho raro ni una mutación social. El demagogo expresa el espíritu de la época de la sociedad, su alejamiento colectivo de un mundo racional de hechos verificables.

Estos idiotas, que prometen recuperar la gloria y el poder perdidos, no crean. Solo destruyen. Aceleran el colapso. Limitados en su capacidad intelectual, carentes de brújula moral, groseramente incompetentes y llenos de rabia hacia las élites establecidas, a las que consideran que los han menospreciado y rechazado, convierten el mundo en un patio de recreo para estafadores, timadores y megalómanos. Hacen la guerra a las universidades, prohíben la investigación científica, difunden teorías charlatanas sobre las vacunas como pretexto para ampliar la vigilancia masiva y el intercambio de datos, despojan a los residentes legales de sus derechos y dan poder a ejércitos de matones, en lo que se ha convertido el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de EEUU (ICE, por sus siglas en inglés), para sembrar el miedo y garantizar la pasividad. La realidad, ya sea la crisis climática o el empobrecimiento de la clase trabajadora, no afecta a sus fantasías. Cuanto peor se pone, más idiotas se vuelven.

Algunas culpan a una sociedad que abraza voluntariamente el mal radical por esta «irreflexión» colectiva. Exasperada por escapar del estancamiento en el que ellos y sus hijos están atrapados, angustiada, una población traicionada está condicionada a explotar a todos los que la rodean en una lucha desesperada por avanzar. Las personas son objetos que se pueden utilizar, reflejando la crueldad infligida por la clase dominante.

Una sociedad convulsionada por el desorden y el caos, como señala Voegelin, celebra a los moralmente degenerados, a los astutos, manipuladores, engañosos y violentos. En una sociedad abierta y realmente democrática, estos atributos son despreciados y criminalizados. Quienes los exhiben son condenados como estúpidos; «un hombre [o una mujer] que se comporta de esta manera», señala Voegelin, «será boicoteado socialmente». Pero las normas sociales, culturales y morales en una sociedad enferma se invierten. Los atributos que sostienen una sociedad abierta --la preocupación por el bien común, la honestidad, la confianza y el sacrificio personal-- se ridiculizan. Son perjudiciales para la existencia en una sociedad enferma.

Cuando una sociedad, como señala Platón, abandona el bien común, siempre desata deseos amorales --violencia, codicia y explotación sexual-- y fomenta el pensamiento mágico. Lo único que estos regímenes moribundos saben hacer bien es montar espectáculos. Estas medidas de «pan y circo», como el desfile militar de 40 millones de dólares que Trump celebró el 14 de junio, día de su cumpleaños, mantienen entretenida a una población angustiada.

La disneyficación de EEUU, la tierra de los pensamientos eternamente felices y las actitudes positivas, la tierra donde todo es posible, se vende para enmascarar la crueldad del estancamiento económico y la desigualdad social. La población está condicionada por la cultura de masas, dominada por la mercantilización sexual, el entretenimiento banal y sin sentido y las representaciones gráficas de la violencia, para culparse a sí misma por el fracaso.

Søren Kierkegaard, en «La época actual», advierte que el Estado moderno busca erradicar la conciencia y moldear y manipular a los individuos para convertirlos en un «público» dócil y adoctrinado. Este público no es real. Es, como escribe Kierkegaard, una «abstracción monstruosa, algo que lo abarca todo y que no es nada, un espejismo». En resumen, nos convertimos en parte de un rebaño, «individuos irreales que nunca están ni pueden estar unidos en una situación u organización real, y sin embargo se mantienen unidos como un todo». Aquellos que cuestionan al público, aquellos que denuncian la corrupción de la clase dominante, son tachados de soñadores, bichos raros o traidores. Pero solo ellos, según la definición griega de la polis, pueden considerarse ciudadanos.

Thomas Paine escribe que un gobierno despótico es un hongo que crece a partir de una sociedad civil corrupta. Esto es lo que sucedió con las sociedades del pasado. Es lo que nos ha sucedido a nosotros.

Es tentador personalizar la decadencia, como si deshacernos de Trump nos devolviera la cordura y la sobriedad. Pero la podredumbre y la corrupción han arruinado todas nuestras instituciones democráticas, que funcionan en la forma (algunas), pero no en el fondo. El consentimiento de los gobernados es una broma cruel. El Congreso de EEUU es un club a

suelo de multimillonarios y corporaciones. Los tribunales son apéndices de las corporaciones y los ricos. La prensa es una caja de resonancia de las élites, algunas de las cuales no simpatizan con Trump, pero ninguna de las cuales aboga por las reformas sociales y políticas que podrían salvarnos del despotismo. Se trata de cómo disfrazamos el despotismo, no del despotismo en sí mismo.

El historiador Ramsay MacMullen, en «Corruption and the Decline of Rome» (La corrupción y la decadencia de Roma), escribe que lo que destruyó el Imperio romano fue «el desvío de la fuerza gubernamental, su mala dirección». El poder se convirtió en un medio para enriquecer intereses privados. Esta desviación deja al gobierno sin poder, al menos como institución capaz de atender las necesidades y proteger los derechos de la ciudadanía. Este gobierno, en ese sentido, es impotente. Es una herramienta de las empresas, los bancos, la industria bélica y los oligarcas. Se canibaliza a sí mismo para canalizar la riqueza hacia arriba.

«La decadencia de Roma fue el efecto natural e inevitable de una grandeza desmesurada», escribe Edward Gibbon. «La prosperidad maduró el principio de la decadencia; la causa de la destrucción se multiplicó con el alcance de la conquista; y, tan pronto como el tiempo o el accidente eliminaron los soportes artificiales, la formidable estructura cedió a la presión de su propio peso. La historia de la ruina es simple y obvia: en lugar de preguntarnos por qué se destruyó el Imperio Romano, deberíamos sorprendernos de que subsistiera durante tanto tiempo».

El emperador romano Cómodo, al igual que Trump, estaba embelesado con su propia vanidad. Encargó estatuas de sí mismo como Hércules y tenía poco interés en gobernar. Se creía una estrella de la arena, organizaba combates de gladiadores en los que era coronado vencedor y mataba leones con arco y flechas. El imperio --renombró Roma como Colonia Commodiana-- era un vehículo para saciar su narcisismo insaciable y su ansia de riqueza. Vendía cargos públicos del mismo modo que Trump vende indultos y favores a quienes invierten en sus criptomonedas o donan dinero a su comité de investidura o a su biblioteca presidencial.

Finalmente, los consejeros del emperador dispusieron que un luchador profesional lo estrangulara hasta matarlo en su baño después de que anunciara que asumiría el consulado vestido como un gladiador. Pero su asesinato no sirvió para detener el declive. Cómodo fue sustituido por el reformista Pertinax, que fue asesinado tres meses después. La Guardia Pretoriana subastó el cargo de emperador. El siguiente emperador, Didius Julianus, duró 66 días. En el año 193 d. C., el año siguiente al asesinato de Cómodo, habría cinco emperadores.

Al igual que el Imperio romano tardío, esta república está muerta.

Los derechos constitucionales --el debido proceso, el hábeas corpus, la privacidad, la libertad frente a la explotación, las elecciones justas y la disidencia-- nos han sido arrebatados por decreto judicial y legislativo. Estos derechos sólo existen de nombre. La enorme desconexión entre los supuestos valores de nuestra *falsa* democracia y la realidad significa que nuestro discurso político, las palabras que utilizamos para describirnos a nosotros mismos y nuestro sistema político, son absurdos.

Walter Benjamin escribió en 1940, en medio del auge del fascismo europeo y la inminente guerra mundial:

*Una pintura de Klee titulada Angelus Novus muestra a un ángel que parece estar a punto de alejarse de algo que contempla fijamente. Sus ojos están fijos, su boca está abierta, sus alas están extendidas. Así es como uno se imagina al ángel de la Historia. Su rostro está vuelto hacia el pasado. Donde nosotros percibimos una cadena de acontecimientos, él ve una sola catástrofe, que sigue acumulando escombros sobre escombros y los arroja a sus pies. El ángel querría quedarse, despertar a los muertos y recomponer lo que ha sido destrozado. Pero una tormenta sopla desde el Paraíso; se ha enredado en sus alas con tal violencia que el ángel ya no puede cerrarlas. La tormenta lo empuja irresistiblemente hacia el futuro, al que da la espalda, mientras la pila de escombros ante él crece hacia el cielo. Esta tormenta es lo que llamamos progreso.*

Nuestra decadencia, nuestro analfabetismo y nuestro alejamiento colectivo de la realidad se han ido gestando durante mucho tiempo. La erosión constante de nuestros derechos, especialmente de nuestros derechos como votantes, la transformación de los órganos del Estado en herramientas de explotación, la pauperización de los trabajadores pobres y la clase media, las mentiras que saturan nuestras ondas, la degradación de la educación pública, las guerras interminables e inútiles, la asombrosa deuda pública, el colapso de nuestra infraestructura física, reflejan los últimos días de todos los imperios.

Trump, el pirómano, nos entretiene mientras caemos.

*The Chris Hedges Report*

---

<https://www.lahaine.org/mundo.php/el-imperio-de-los-idiotas>